

Del que tranquilo se duerme,
Y á dormirse en paz le ayudan,
En la del joven viajero
Se iban lentas una á una
Disipando, á cada instante
Apareciendo más turbias;
Apenas del blando insomnio
Las vaporosas figuras
Dejaban á sus sentidos
Del sueño en la paz profunda,
Y su tranquilo reposo
Guando, cuando la muda
Solista, turbó á deshora
Gréta y acordada música;
Y del mancebo llegando
Al oído en lid oculta,
Con su sueño fué ganándole
El sitio que en él ocupa.
Tornaron á producirse
Otra vez las inseguras
Fantasías del insomnio,
Y muy pronto entre su turba
Incolora, tornó á alzarse
La imagen radiante y pura
De Flor-del-Alba, mas bella
Y luminosa que nunca.
Pronto el corazón amante
(Que por acercarse pugna
Al hechicero fantasma
Que parece que le busca),
Soñando cree que realiza
Mil esperanzas absurdas.
Ya la trasparente imagen
De la adorada hermosura
Cree que á su lado desciende,
Y de sí mismo tan junta,
Que con que estienda los brazos
La puede tener segura.
Ya al amoroso fantasma
Ve que una y otra vez cruza
Por la alcoba en que reposa,
Y cree que el rumor escucha
De sus pisadas, y el roce
De sus leves vestiduras.
Ya que á la trémula llama
De la lámpara que alumbraba
Su aposento, le contempla
Con amorosa ternura,
Y con su aliento purísimo
Le orea, porque le infunda
Su amor el divino aroma
Que el blando aliento perfuma.
Ya en una transición rápida
De que los sueños abundan,
La mujer se trueca en ángel;
El ser terrenal se ofusca
Tras de su célica esencia;
De tornasoladas plumas
Brotan alas de sus hombros,
Que á sus espaldas se agrupan,
Formando un fondo nevado,
Sobre el cual, de su cintura,
De sus brazos cuelga aquello,

Los contornos se dibujan.
De un arpa de oro que al lado
Tiene, y cuyas cuerdas pulsa,
Hace brotar ricas cláusulas
De embriagadora dulzura.
El alma amante, con ellas
En armonía se inunda,
Y á las etéreas regiones
Arrebatada se juzga,
Mas vibran de tal manera
Las notas con que preludia
En el alma del dormido,
Y le hieren tan agudas
Y tan íntimas, que pronto
Será fuerza que interrumpian
La influencia soporífica
Del sueño que le subyuga.
Y así es: los lentos párpados
Abre al fin; con mano ruda
Ase del cómodo lecho
Las plegadas colgaduras,
Y aun mal despierto: — ¿Quién va? —
Con ahogada voz pregunta.
Nadie responde: al reflejo
De la lámparilla mustia,
Reconoce el aposento
Que como huésped ocupa.
Mas todavía del sueño
Piensa que el sopor le abruma;
Pues del recordando á espacio
Las imágenes confusas,
De Flor-del-Alba y del ángel
Al recordar la hermosura,
El son del arpa recuerda,
Y cree que se perpetúa
El sueño, pues de una arpa
Oye el acorde, no hay duda.
Por mas que tenaz dar crédito
A sus sentidos rehusa,
Interrumpe el son de un arpa
La tranquilidad nocturna,
Y una voz suave, cantando,
Con sus cláusulas se ayuda.
Del dulce canto atraído,
Y á indagar quién le producea,
Impelido el caballero,
Sentó la planta desnuda
En el pavimento frío,
Y con precauciones sumas,
Entreabriendo la ventana
Por la que se oye la música,
Asomóse poco á poco,
Por sí á quien canta columbra.
Mas en vano: desde el cémit,
Con pálida luz, la luna
Platea un huerto en que reinan
El abandono y la incuria.
Su tierra, fértil un día,
Cubre enredada espesura
De silvestre yerba, y claro
Se ve, que el dueño renuncia,
Como á reponer su casa,
A labrar la huerta inculta.

Esta en su origen fué patio;
Pero recibió cultura
Cuando sus antiguos dueños,
Al dar en peor fortuna,
Sembraron en cuanta hubieron,
No poseores de mucha.
Este huerto ó este patio
Que altas paredes circundan,
Forma el centro de la fábrica
De este edificio, que anuncia
Próxima ruina do quiera
Por infinitas roturas.
Solo de las cuatro torres
Que le ciñen, en la una
Se habita, pues el revoque
De sus paredes lo acusa.
Y en esta torre, frontera
A la en que el joven procura
Desde su ventana, ver
De la misteriosa música
El origen, hay abierta
Otra ventana; mas cuya
Interior habitacion,
A su avara vista hurtan
De un enramado jazmin
La espesa rama fecunda,
Y una estrecha celosía
En que las ramas se anudan.
Allí está, pues, la cantora:
De entre la fresca espesura
De aquel toldo de jazmines
Y florecillas menudas,
Brotó aquella voz suavísima:
Y de allí en sus alas húmedas
La esparce el aura de Mayo
Por la trasparente anchura
De los cóncavos espacios
Que el aire diáfano azula.
De allí parte aquella voz,
Y si es de una criatura
Humana, naturaleza
Al dársela la hizo única,
Pues la formó de los tonos
Con que armónicos la arrullan
Los ruisiñores del bosque,
Las fuentes que le fecundan,
Los ecos que los remedan
En las escondidas grutas,
Y el aura, que entre las hojas
Suelta y lasciva susurra.
Tal es la voz que la calma
De la muda noche turba.

Voz que encierra

En el concento

De su acento

Celestial,

Cuantos ecos

De alegría,

De victoria,

De agonía,

Y de gloria

Juntaria

Si se oyera
Toda entera
La armonía universal.

Voz que gime
Congojosa;
Voz sublime,
Vagarosa,
Que levanta
Misteriosa
Melancólica canción.
Voz sonora
Que á par canta,
Y á par llora
Los delirios
Apacibles;
Los martirios
Insufribles
De un amante corazón.

Blando son
Que el viajero
Con aliento
Retenido,
Oye atento
Y embebido
En su balcón:

Y antes que suene en su oído
De aquella nocturna endecha,
Va la música derecha
A arrullar su corazón.

Vago encanto,

Con secreta

Simpatía

La sujeta

De aquel canto

A la armonía:

Y aunque ciegos

No comprende

La razon;

Siente luego

Que la calma

De su alma

Pierde ciego,

Y le enciende

Dulce fuego

Al oír la voz lejana,

Que á través la celosía

De la florida ventana,

El mágico son le envía

Del arpa y de la canción.

Escuchábala embebido

Con intensísimo gozo

El aventurero mozo,

De su entreabierto balcón,

Sin reparar de la noche

En el insano rocío,

Y en el aire húmedo y frío

Propio aún de la estación

Escuchaba él, y seguía
De sus armónicas frases
Los melodiosos compases
Y maestra ejecucion;
Y cuanto mas escuchaba
Aquel acento encantado,
Mas se creia engañado
Por una vana ilusion.

Escuchaba, y comprendia
Mas claro á cada momento,
Que aquel primoroso acento,
Y aquel sentido cantar,
Rebosando de armonias
Y poesia galana,
De una garganta villana
No se podia lanzar.

No es ese el canto monótono
Cuya armonía sencilla,
De los campos de Castilla
Ronco entona el labrador:
No es esa la endecha tosca
Que alza en la fiesta campastro
El labriego, al son silvestre
De la gaita y el tambor.

Es el cántico suavísimo
De una voz rica, argentina,
Que vibra, gorgoea y trina
Con limpieza sin igual;
Canto profundo, inspirado,
Tierno, sonoro, vibrante,
Que oye absorto el caminante
Por su bien ó por su mal.

Y elevado en una escena
Que embellecen la oportuna
Tranquila luz de la luna,
Del misterio la ilusion;
Parece un himno celeste
Por un ángel entonado,
Y en el aura acompañado
Por las arpas de Sion.

Tal lo juzga el forastero
Que embebecido lo escucha,
Mientras con la fuerza lucha
De su mágica impresion:
Y tanto al cabo se hechiza
Con el cantar peregrino,
Que al impulso repentino
De curiosa imprevisión,

Abrió el balcon entornado:
Mas con este movimiento
Cuanto logró, en un momento
Perdió la necia ambicion:
Porque notando sin duda
Su presencia impertinente,
Cesó repentinamente
La misteriosa cancion.

Volvióse desconsolado
El forastero á su lecho,

El pensamiento ocupado
Con la música que oyó:
Y tras de inquieto desvelo
Que agitaron halagüeñas
Mil imágenes risueñas,
Cansado al fin se durmió.

Y alto estaba ya el sol del nuevo dia
Cuando el mancebo despertó, al sonido
Del acento del viejo conocido,
Que á llamarle venia.
El mozo de la cama saltó al punto,
Y entrándose en la cámara el anciano,
Las ventanas abriendo,
El mancebo gentil tendió la mano,
Plática tal los dos entreteniéndolo.

Acaso no habrá sido
Tan cómodo mi lecho,
Como en el que á dormir estareis hecho;
Mas en fin, ¿cómo en él habeis dormido!

La dulce paz y hospitalario techo,
Señor, de vuestra casa,
Solo comodidades me ha ofrecido.

Perdonad que en estancia semejante,
De la parte que habito tan distante,
Os haya así alojado;
Que el edificio está tan mal tratado,
Que no pude en los cuartos de adelante
Sitio hallar para vos acomodado.

Mucho tiempo hace ya, y os lo aseguro,
Que noche no gocé tan deliciosa:
Y el aposento hallé de tal manera,
Que si preciso caso me obligarara
Esta á casa habitar, yo os suplica
Que vuestra autoridad me permitiera
Que en él siempre habitara.

Sin que ese caso y precision viniera,
Yo os lo ofrezco de grado:
Permaneced el tiempo que os pluguiere,
Que en ello seré yo siempre el honrado.

No plazca á Dios que por antojo mio
Molestia os ocasiono:
Yo os lo agradezco, pero parto.

Que si á emprender volveis en tiempo alguno
Por estos pobres valles otro viaje,
Y os hace otra vez falta un hospedaje,
No olvideis que aquí siempre teneis uno.

Y yo á mi turno fio
Que el habitado espacio

De este antiguo palacio,
Recuerde alguna vez el viaje mio.

¡Sí á fé! Mas el almuerzo preparado
Nos aguarda.

Y Brillante impacientado,
Tambien el suyo aguardará.

Le fué ya su racion.

¡Tanto cuidado!

Obligacion no mas de huésped. ¡Ea!
Venid, que todo al fin se hará á medida
De vuestra voluntad, á lo que creo:
Y aunque mas pronta acaso
De lo que apeteciera mi deseo,
Yo os haré la mas franca despedida,
Rogando á Dios que os ilumine el paso.

Y hablando así, la cámara dejaron,
Y el oscuro camino que trajeron
Cuando de noche al camarín vinieron,
Volviendo á hacer, al comedor bajaron

CAPITULO V

DESPEDIDA.

Una hora despues, y hallándose
En el cuarto en que la cena
Les sirvieron por la noche,
Del almuerzo en sobremesa,
Despidiéndose el mancebo
Del viejo y de su hija bella,
De este modo habian trabado
La conversacion postrera.

¡Ea, pues! yo no he sabido
Perder la costumbre añeja
De marino, y aun celebro
Un viaje ó amistad nueva
Con un generoso brindis:
En la amistad cuando empieza,
Y en los viajes, como es justo,
A la ida y á la vuelta.
Conque así, llegad el vaso,
Y vaciemos la botella
Ultima de tostadillo
Que dió de sí la bodega.

Por mí, buen anciano, os juro
De buena fé que quisiera
Que la amistad que hoy trabamos,
Fuera entre los dos eterna.

Nada puede ser eterno
Sobre la faz de la tierra;
Pero contad con la mia
Mientras dure mi existencia.

Dios os la guarde, señor,
Hasta que cumplidos sean
Cuantos votos hayais hecho
Sobre la edad venidera.

Solo uno, si no le logro,
Amargaré mi hora estrema,
Que es dejar la hija que tengo,
Niña sin estado y huérfana.

Señor, no le cumple á un mozo
Que tan pocos años cuenta,
Por mucho que le disculpe
Su poder ó su nobleza,
En ocasion semejante
Hacer semejante oferta;
Mas dispensad si me atrevo
A prometeros que mientras
Respire don Pedro Tellez,
Y tener con honra sepa
Un techo que le cobije
Y un doblon que le mantenga,
No faltará á vuestra hija,
Si otras mejoras no encuentra,
Ni casa en que viva honrada,
Ni espada que la defienda.

¡Que os tome Dios vuestra noble
Generosidad en cuenta,
Don Pedro Tellez! Y ahora
Que la ocasion se me rueda,
A unas palabras de anoche
Pláceme daros respuesta.

Decid.

Creo que dijisteis
Que simpatía secreta
Vuestra alma hácia mí atraia;
Y yo de la mia en prueba,
Quiero que sepais que tengo
Tal fé en la hidalguía vuestra,
Que á pesar de ser tan jóven,
Puede ser que no eligiera
Otro que á vos, á mi muerte,
Para encomendarle de ella.

Predileccion tan honrosa
No sé cómo os agradezca;
Mas es la eleccion muy pronta,
Y acaso no esté bien hecha.

EL VIEJO.

¡Oh! quien vivió tanto tiempo
Como yo, tiene experiencia
De que rostros y apellidos
Abonan á quien los lleva.
Pero noto que hemos hecho
La conversacion muy séria,
Y traspasado los límites
Acaso de la prudencia.
De todos modos, mancebo,
Servido habrá mi franqueza,
Para que hayais comprendido
Lo que mi alma os aprecia.

DON PEDRO.

Y al menos habrá la mia
Servido de daros muestra
De lo mucho que desde hoy
Vuestra sangre me interesa.
Y ya que, como habeis dicho,
Satisfecho en esta aldea
Vivís con vuestra hija hermosa
Y con vuestra escasa hacienda,
Permitid que os deje al menos,
Para que os traiga en mi ausencia
A la vuestra mi memoria,
De mi amistad una prenda.

EL VIEJO.

Para acordarme de vos,
Basta con vuestra presencia
Haber visto tan honradas
Nuestra casa y nuestra mesa;
Y por lo que á prendas toca,
Me haceis dar en la sospecha
De que vais nuestro hospedaje
A pagar de esa manera.

DON PEDRO.

¡No por Dios! Dijeos el nombre
De mi casa solariega,
Dijeos quién soy, y que gozo
De favor y de opulencia,
Y ofrecido os he el desquite
De este hospedaje, en adversa
Ocasión, si así os pluguiere:
Mi paga, pues, ha sido esa.

EL VIEJO.

¡Oh! de ese modo explicándolo!

DON PEDRO.

No dudo de que os convenza.

EL VIEJO.

Efugios son cortesanos . . .

DON PEDRO.

Lo serán, muy norabuena;
Mas como tienden á hacer,
Nuestra amistad mas estrecha,
Dejadlos pasar, en gracia
Del buen intento que llevan.
Tanto mas, cuanto que en vos
No empleándose la prenda

Que os quiero dejar aquí,
Sino en vuestra hija, es fuerza
Que no voluntaria dádiva,
Sino tributo parezca,
Que en aras de la hermosura
Nada os doy, todo es ofrenda.
Y por fin, como algun dia
Decís que acaso suceda
Que sin vos (y á Dios no plazca)
A ampararee de mí venga,
No es demas que para entonces
Pueda tener manifiesta
Una prenda que reclame
Mi obligacion y mi deuda.

EL VIEJO.

Tanta es vuestra cortesía,
Caballero, al ofrecerla,
Que vendrá á dar la repulsa
En desatencion grosera.

DON PEDRO.

Con este permiso, pues,
Tendedme, niña modesta,
La hermosa mano, en que os deje
Este anillo, cuya piedra
No encontrará quien la tase
De hoy en vuestra mano puesta;
No por lo que vale en sí,
Sino por estar en ella.

Y así diciendo, Don Pedro
Tomóla una á la doncella,
Entre sus dedos torneados
El rico anillo poniéndola.
Tiñó en carmin encendido
Las mejillas de azucenas
Flor-del-Alba: quiso el viejo
Impedir que puesta fuera
La sortija; mas fué tarde,
Pues lo hizo con tal presteza
Don Pedro, que fué antes casi
El darla que el ofrecerla.

EL VIEJO.

Mal tales prendas en manos
De una labradora sientan;
Ni es justo que las acepte
Quien no puede en recompensa
Dar otra á aquel de quien viene.

DON PEDRO.

Mas será, á mi ver, ofensa,
Que ella rehuse aceptarla
Por prestaros obediencia.

EL VIEJO.

Si á ofensa habeis de tomarlo,
A eleccion de Flor se queda.

FLOR-DEL-ALBA.

Yo siempre la llevaré
En vuestra memoria puesta:
Mas tiene razon mi padre,
Pues ha de ver con vergüenza

Que no pude yo pagárosla
Con otra que digna fuera
De la que me dais.

DON PEDRO.

Escusa

Buscado habeis bien pequeña.
El mas mínimo favor
De una hermosura, no hay prenda
Que pague en su valor justo;
Y si del favor en muestra
Me dais una florecilla
Cultivada en vuestra huerta
Por vos, un clavel temprano,
Una estraviada violeta,
Un jazmin, ó una hoja sola
De un tiesto ó enredadera,
Que tengais, como otras suelen,
De vuestro cuarto en la reja,
Yo me daré por pagado,
Y aun me atrevo á hacer apuesta
De que antes perdereis vos
La sortija, que yo pierda
De la flor que me deis verde,
Las caidas hojas secas.

Y aquí el mancebo galan,
Reparando la severa
Faz del viejo, y el rubor
De la muchacha, á la escena
Puso fin, diciendo á tiempo
De dirigirse á la puerta:
"Mas ya basta; avanza el dia,
Y de este sitio me alejan
Necesidad y deber,
Que en mi viaje al par me empeñan."
Y un cuarto de hora despues,
Partiéndose de la aldea
De Villaldemiro, el mozo
Daba al palacio la vuelta,
Para tomar el sendero
Que por el soto atraviesa,
Cuando al ir del edificio
Rodeando por la cerca,
Cayó un ramo de jazmines
Ante él, y sobre su senda.
Recogió al potro la brida
Y levantó la cabeza;
Mas cuando vió la ventana,
Sintió cerrar sus vidrieras.
Bajóse á tomar las flores,
Tornó á cabalgar, y mientras
Se alejaba á lentos pasos,
Fija la vista en la reja
Misteriosa, oyó una voz
Que entonaba detras de ella,
La cancion que oyó de noche
Diez horas hacia apenas.
Al generoso bridon
Volvió á refrenar las riendas,
Y permaneció escuchando
La lejana cantilena,
En meditacion profunda,

Su imaginacion inquieta,
Con los lances de la noche
Y del dia, andando á vueltas.
Cruzó sin duda su mente
Luminosa alguna idea,
Que á decision repentina
Le impelió; pues las espuelas
Aplicando al potro, á escape
Le hizo cruzar la pradera,
Y desapareció perdiéndose
Del soto entre la arboleda.

CAPITULO VI.

I.

Partió el forastero
Por siempre quizás,
Y un dia tras otro
Pasándose va.
Tornó en el palacio
Cual siempre á reinar
Sombrió silencio,
Monótona paz.
Tornó Flor-del-Alba
El curso á empezar
Que los mil quehaceres
Domésticos dan,
Los dias enteros
Volviendo á pasar
Cual flor conservada
En fuerza de afan,
Cerrada en el viejo
Doméstico hogar.
Tornóse al misterio
Que dos años ha
Rodea el palacio,
Do ocultos están
El viejo y su hija,
Sin que hagan jamas
Mas viaje que á misa,
El dia al rayar.
La niña en las fiestas
Al Prado no va
Del baile campestre
Ni un punto á gozar.
Y el viejo atraviesa
Tan solo el lugar
Los dias de fiesta
Cuando al templo va.
Do quiera y con todos,
Eterna é igual
Conserva severa
Reserva tenaz.
Con él en el pueblo
Tener amistad
Ninguno ha logrado:
Mas nunca en azar
Arduo, ni en peligro,
Ni en enfermedad,
Llegó uno á su puerta
Consejo á tomar,

O á pedir remedio,
Que en urgencia tal,
Sin ser socorrido,
Volvierá pié atrás.
El viejo, con todos
Atento y cordial,
Los males ajenos
Diestro en aliviar,
Siempre era él el árbitro
Juicioso y capaz
De hacer las discordias
A todos cesar.
Y pobres y tristes,
De su caridad
Van en sus desdichas
Consuelo á buscar.
Acaso no hay uno
Que á solas, y allá
En su alma, no piense
De aquel hombre mal,
O envidie su suerte,
Su tranquilidad,
O le odie porque hace
Su suerte ignorar;
Pues siempre la humana
Condición fué tal.
Mas todos le acatan,
Y todos á par
Su ciencia aprovechan,
Y todos están
En que hay de aquel hombre
En la gravedad
De su faz tranquila
Y noble ademán,
Un sello de oculta
Superioridad.
El mozo mas rico,
O altivo, ó audaz,
No supo á su hija
Amante llegar.
Aquella belleza
Que cubre el sayal
De moza villana,
Como á las demas
Zagalas que habitan
El mismo lugar:
Aquella muchacha,
Que puede á lo mas
A pobre heredera
De un pueblo igualar,
De quien á las otras
Diferencia no hay,
Sino en que posee
Un campo erial
Y un viejo palacio
A medio arruinar;
Tiene en la espresion
De su bella faz,
En su aire de cándido
Pudor virginal,
Y en todo su porte,
Cierta majestad
Que asaz la distingue

Del tono vulgar,
De la gracia tosca
Que en lo general
De las mas apuestas
Mozas de lugar,
Salvages contornos
Presta á la beldad.
Y acaso no hay una
Que á solas, y allá
En su alma, de aquella
Belleza ideal,
No halle alguna falta
De que murmurar.
Mas no habrá ninguna
Que á rivalizar
Se atreva con ella;
Ni alguna osará
De la Flor-del-Alba
Suponerse igual.
No hay una que honrada
No se crea asaz,
Si de deferencia
Alguna señal,
De la hermosa niña
Consigue alcanzar,
Por mucho que de ella
Murmure detrás.
Por mas que la quieran
Defectos buscar,
Y altiva la juzguen,
Y de vanidad
La culpen, no hay una
Que si ante el umbral
Del viejo palacio
Acierta á pasar,
Y allí Flor-del-Alba
Por acaso está,
No cambie con ella
Saludo cordial,
Y amable sonrisa,
Que quiera indicar
Que tiene la niña
Con ella amistad:
Y así en el aldea
Pasándose van
Los días de Mayo,
Y así en soledad
El padre y la hija,
El débil torzal
De la vida humana
Hilan sin cesar,
Dichosos gozando
La felicidad
De aldeanos que viven
Sin oro ni afán.
¿Mas qué humana vista
Puede penetrar
Por un muro espeso
Cual por un cristal?
¿Quién ver lo que dentro
Se puede encerrar,
De aquel edificio
De cuyo portal

Ninguno del pueblo
Podido ha pasar,
Ni mas que de fuera
Lo ha visto jamás?

II.

Desque el forastero
De allí se partió,
Apenas semanas
Pasáronse dos.
Ni á oirse en aquellos
Contornos volvió
Noticia del jóven;
Ni tardo pastor
Que el hato de noche
Al pueblo tornó:
Ni el guarda del campo
Mas madrugador,
Volvio á oir el paso
Del potro veloz
Que al irse, de todos
Fué la admiracion.
Del soto le vieron
Salir: con vigor
Increible, vieron
Que á escape subió
La cuesta postrera
De las que en redor
Circundan el valle
Do yace hasta hoy
La aldea escondida,
Y desde el peñon
Donde el arquitecto
La iglesia fundó,
Le vió el campanero,
Como exhalacion
Tomar el camino
De Burgos, en pos
De sí, nube densa
Dejando el bridon,
De polvo, entre cuyas
Sombras se perdió,
Como una evocada
Lejana vision
Que se hunde en las ondas
De espeso vapor.
La luna, entre nubes
Velada, alumbró
La tierra á intervalos
Con tibio fulgor,
En noche cargada
Que á un día siguió,
De esos que nublados
Amasa el calor.
Pesado está el aire:
Todo á su impresion
Perezosa, en lento
Letargo cayó.
La brisa no mece
Ni rama ni flor,
Ni suena en los sauces
Ni arrullo ni voz,

Tórtola acuitada,
Pardo ruiseñor.
Todo en torno calla,
Y solo su son
Monótono, lleva
Un murmurador
Arroyo, que cruza
Por la poblacion,
Y baja desde ella
Por cauce que abrió,
A dar del palacio
En frente al porton,
En un ancho estanque
Que allí se cavó.
Este vuelve á darle
Su curso y su son
Por el lado opuesto
A aquel por do entró:
Y el arroyo, hinchendo
De verde frescor
El soto, se pierde
Libre y jugueton,
De los altos olmos
En el espesor.
Al sueño, cansado,
En paz se entregó
El pueblo: no brilla
De luz resplandor,
Por entre los vidrios
De reja ó balcon,
Mas que la del mustio
Perenne farol
Que alumbrá devoto
La iglesia de Dios.
De su torre gótica,
Con ronco clamor
Dió once campanadas
Moderno reloj;
Cuando al pié del pardo
Fuerte murallon
Que el viejo palacio
Cerca en derredor,
Y bajo la reja
Por donde cayó
El ramo de flores
Delante el troton
Del jóven viajero
Cuando se partió,
Alzó repentino
Deleitáble son,
Vihuela punteada
Con diestro primor;
Y á poco, á sus tonos,
Concertada voz,
Así entre la sombra
Nocturna cantó:

“Flor-del-Alba, que con ella
Compite en resplandor,
Y á la lumbre que destella,
Como tú tan pura y bella
No halla en la tierra otra flor;
Tu lecho de flores deja,

Mira que el alba refleja:
Desvelate ¡oh Flor!
Que llama á tu reja
La voz del amor.

Tus hojas abre, y da al viento
Su perfume embriagador,
Para que en él tome aliento
Quien no tiene otro alimento
Ni otro ambiente que tu amor.

Mira que el alba refleja,
Tu lecho de flores deja:
Desvelate ¡oh Flor!
Que llama á tu reja
La voz del amor."

Con estas palabras
Callando la voz,
El aire á lo lejos
Sus ecos ahogó,
Quedando en silencio
Y en sombra en redor
El campo, como antes
De aquella canción.
A poco, en el muro,
Confuso rumor
De hierro y vidrieras
Movidas se oyó:
Y hallando la luna
Un roto giron
Que en medio una nube
El viento rasgó,
Vertió repentino
Fugaz resplandor.
Su tibio reflejo
El muro alumbró,
A par alumbrando
La escena de amor;
Que arriba en la reja
Patente se vió
El rostro de un ángel,
Y abajo al cantor,
Contemplando inmóvil
La blanca vision.
Allí Flor—del—Alba
Que su reja abrió;
Aquí Tellez, ciego
Por ella de amor.
Aquí él, á quien trajo
Su ardiente pasión:
Allí ella, que amante
Su vuelta esperó.
Tal vez uno á otro
Tendian los dos
Los brazos amantes,
Y acaso la voz
De entrambos buscaba
La frase mejor
Que á ser alcanzara
Del alma expresión,
Cuando vaga sombra
La esquina dobló,
Viniendo hácia Tellez

Con paso veloz.
La reja, al sentirle,
La niña cerró:
La luna á embozarse
Con nubes volvió,
Sombreado del campo
La muda estación;
Y el mozo, mostrando
Un noble valor,
El paso al que viene
Serenó atajó,
Los dos entablando
Tal conversacion:
"¿Quién va? dijo el mozo.
Y el otro:—Yo voy
—¿Quién sois?

—Os pregunto
Lo mismo yo á vos.
—Soy... un caballero.
—Yo también lo soy.
—Yo Don Pedro Tellez.
—Y yo Don Leon
De Alba.

—¿Vos!
—Sin duda.
—Un Alba! ¡Gran Dios!
¿Qué es esto?

—Un misterio
Cuya explicacion
Pronto en este punto
A daros estoy.
—Hablad.

—De mis pasos
Venios en pos,
Que siempre estaremos
A solas mejor."
Y echando hácia un lado,
El muro dejó.
Siguióle Don Pedro,
En su corazón
Sintiendo á aquel hombre
Secreto pavor.
Debajo de un ancho
Froncoso lloran,
Del soto en lo oscuro,
Aquel se sentó.
Don Pedro imitóle,
Y el otro con voz
Severa le dijo:
"Prestadme atención."

—"Murió nuestro buen rey Carlos segundo,
Dejando de sus reinos la opulencia
A Felipe de Anjou, á quien esta herencia
Le costó guerrear con medio mundo.
Los nobles españoles
En bandos se partieron,
Segun que los derechos concibieron
De pretendientes varios
Que, de la Francia amigos y contrarios,
El trono hispano á disputar salieron.
Pues entre esas familias divididas,
Dieron al fin por su opinion, sus vidas.

Mas que nunca, Don Pedro, se os olvide
Que un mar de hirviendo sangre nos divide.
He aquí todo el misterio de mi casa;
He aquí mi historia entera.
Y ahora que conoceis mi verdadera
Posicion, á estas rondas poned tasa,
Y á la honra de ambos, con mejor manera
Arreglad la conducta venidera."

Y así concluyendo
Con tal relacion
El viejo, el camino
Que trajo tomó.
Cual sombra movible
De una aparicion,
Que en humo al tornarse,
Con hondo terror
Nos hiela el medroso
Mortal corazón;
Así la del viejo
Desapareció,
En la que trazaba
Su vieja mansion.
Con ojos absortos,
Con mudo dolor,
Partir y perderse
Don Pedro le vió.
Y en vano quisiera
Con resolucion
El paso atajarle,
Correr de él en pos,
Y escigir completa
Nueva explicacion:
Negaban sus fauces
El paso á la voz:
Inerte, embargada,
Sentia la accion.
Y así, bajo el peso
Del secreto atroz
Que el viejo en su historia
Le patentizó,
Quedó anonadado,
Sin ira y valor,
Y á solas el triste
Con su corazón.

III.

En círculo eterno,
Con giro infernal,
Su pecho quemado
De angustia y afán,
Formando en su mente
Eterna espiral,
Que acaba do empieza
Y vuelve á empezar;
Y turba y marea,
Y rueda tenaz
En mágico círculo
Que vértigos da,
Del mozo en la mente
Comienzan á dar
Las negras ideas